

La hora de la verdad

Una mirada a la vejez

Rosa Regàs

Primera edición: noviembre de 2010

© de esta edición:
Ara Llibres, sccl
Corders, 22-28
08911 Badalona
www.aralibres.cat

GrupCultura03

© Rosa Regàs, 2010

Diseño de cubierta: Emma Camacho Finestres / Endoradisseny
Fotografía de cubierta: Johner / Gettyimages

Fotocomposición: Zero preimpresión, S. L.

Impresión: Cayfosa

ISBN: 978-84-937869-1-5
Depósito legal: B-41.269-2010

Todos los derechos reservados.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o
procedimiento, y el alquiler o préstamo público
sin la autorización por escrito de los titulares
del *copyright*.

LA MUERTE

Durante mucho tiempo estuve convencida de que desde siempre había tenido constante contacto con la muerte, lejano, teórico, literario si se quiere, pero contacto al fin. En mi infancia viví la muerte de un tío, un primo, amigos de mis abuelos sin contar con los numerosos muertos de la guerra civil que en nuestra familia, sobre todo las viejas tías y sus amigos y conocidos, convertían en tema de inacabables rememoraciones en voz baja, eternamente adornadas con suspiros y lágrimas. En la sobremesa nuestro abuelo rezaba padrenuestros por los muertos adoptando un aire dramático y una postura de recogimiento que le llevaba a inclinarse sobre sí mismo hasta tocar la barbilla con el mantel. Así que yo comprendí enseguida que la gente moría, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, a veces por enfermedad, casi siempre creía yo por culpa de las guerras que mataban a los vencedores igual que a los vencidos porque los hombres inventaban artilugios demoledores que de un disparo o por la explosión de una bomba acababan con la vida de dos, veinte o cien personas. Y en casos escalofriantes, en los sesenta millones de muertos que provocó la Segunda Guerra Mundial o los cientos de miles de víctimas de las bombas atómicas que los americanos dejaron caer sobre Hiroshima y luego sobre Nagasaki. Todavía puedo

rememorar el panorama desolador de aquellas ciudades arrasadas que iba apareciendo en mi imaginación la tarde de agosto de 1944 a medida que el abuelo, sentado como siempre en su sillón de mimbre en la terraza y adoptando también como siempre el aire contrito de quien apenas puede soportar el peso de la maldad de los hombres, nos contaba a los niños, mientras esperábamos la cena, cómo la bomba atómica había caído sobre una ciudad y había levantado una nube gigantesca de humo mortífero en forma de un inmenso champiñón, tan espesa y oscura que ocultaba los cientos de miles de cadáveres de todos aquellos ciudadanos que un minuto antes estaban moviéndose por la ciudad con el ajetreo de su vida cotidiana. Cien, doscientos, trescientos mil muertos.

En el internado, por cumplir con la obra de misericordia que exigía visitar a los enfermos y presos, íbamos todos los domingos a la Fundación Albà o al Cottolengo o al manicomio de San Andrés o incluso a la leprosería en las afueras de Horta, y siempre nos encontrábamos con algún muerto. Lo sabíamos por el coche de caballos fúnebre estacionado en la puerta de entrada, negro como el azabache, como negros eran los aderezos y las plumas que adornaban las sillas, los arneses y las bridas de los caballos como si fueran a un siniestro carnaval, y negra era igualmente la caja de madera en la que, bien lo sabíamos, habían colocado al muerto.

Así que creía saber todo lo que hay que saber sobre la muerte aunque nunca me había detenido a pensar en el dolor que tantos han de sufrir para morir («cuesta mucho morir» repetía mi abuelo en su agonía) ni en el que provoca en los que quedan, y que sólo comprendí y sufrí muchos años después, cuando de la muerte tuve una experiencia más directa que me mostró su verdadero rostro. Tampoco se me ocurrió pensar o deducir que lo

mismo que la muerte se cebaba en tantos humanos todos los días y en todos los lugares del mundo, un día me tocaría el turno a mí. La muerte era algo que les ocurría a los demás, ya fuera a particulares, regimientos, prisioneros, enfermos o ciudades enteras, pero a mí no, ni siquiera si, como cuchicheaban las alumnas en la oscuridad del dormitorio, volvía otra guerra mundial, el terror al que en aquellos años los poderosos de la Tierra sometían a la población para hacer más fácil su cometido de controlarla y someterla.

Y es que, de hecho, la conciencia de la muerte en su sentido más profundo es una singularidad de la vejez. A ella nos enfrentamos definitivamente de la forma que podemos y sabemos, incluso al margen de nuestra voluntad. La vemos, la olemos, la presentimos, la tememos. Como dice un querido amigo financiero, nos hostiga la angustia al ver cómo se acerca el vencimiento. «Esto ya no lo veré», nos decimos mirando a un futuro, lejano o cercano, que ya no nos pertenece.

Tal vez, me digo a veces, deberíamos preparar la muerte mucho antes de que apareciera en el horizonte de nuestra conciencia. Tal vez así nos ahorraríamos angustias y miedos irracionales, sobre todo el terror de ir perdiendo la conciencia, quedarnos con la mente en blanco, estar en manos de un equipo médico interesado al precio que sea en mantenernos sólo en vida vegetativa hasta el final y dejarnos en este limbo los años que la ciencia o la investigación quieran conceder a nuestro cuerpo. «*Un any més de seny que de vida*»⁵ decía siempre mi suegra echando mano de la sabiduría popular. O la longeva neuróloga Rita Levi-Montalcini: «Viviré el tiempo que funcione el cerebro, y cuando por factores químicos pierda la capacidad de

5. «Un año más de lucidez que de vida.»

pensar, dejaré dicho en mi testamento biológico que quiero ser ayudada a dejar la vida con dignidad.» Sí, aunque resulte difícil y nos parezca prematuro, es un gran consuelo dejar escrito un testamento biológico o testamento vital que nos asegure una muerte digna en la que nuestro cuerpo no viva más allá de nuestra mente. Por nosotros y por nuestra dignidad, por supuesto, pero también como acto de amorosa donación a los que quedan para ahorrarles nuestro inacabable e inútil final.⁶ Y valdría la pena igualmente intentar visualizar e imaginar la forma en que queremos dejar este mundo, y elegir el inevitable ritual que nos acompañará, o mejor aún, lo que no queremos de ningún modo que ocurra. Si lo hemos preparado y hemos atendido a las previ-

6. Hay distintos modelos de testamento biológico en ciertas comunidades autónomas españolas, como por ejemplo el *Document de voluntats anticipades* de la Generalitat de Catalunya. Sirva como muestra el que redactó en 2005 el infatigable viajero y fotógrafo Bernard Bloutier:

«Estando sano de cuerpo y mente y libre de cualquier coerción, expreso por el presente testamento aquí, ahora y por adelantado mi rechazo a cualquier tratamiento médico o procedimiento pensado para producir cualquier resultado distinto a aliviar mi sufrimiento o angustia si llego a ser incapaz de tomar decisiones autónomas o de expresarlas durante la fase terminal de mi vida.

»Más específicamente, si estoy en una fase terminal, permanentemente inconsciente o afectado por demencia, me rehúso a todos los tratamientos médicos y procedimientos dirigidos a prolongar mi vida como resucitación cardiopulmonar, respiración mecánica, hidratación o alimentación artificial, diálisis u otras técnicas de esta naturaleza.

»Solicito que sea dada absoluta prioridad a garantizar mi comodidad y serenidad en la medida en que la muerte se aproxime incluso si eso acorta severamente la duración de mi vida.

»Perfectamente consciente de las consecuencias fatales de esta directriz, la firmo ante tres testigos en, el día ... de de 20...».

siones o satisfecho anticipadamente las cuotas necesarias, será nuestra última decisión y dará fe de nuestra convicción de que la muerte ha de ser una prolongación de la vida y no un espectáculo que nos imponen porque nosotros ya no podemos decidir.

Recuerdo que hace unos años leí un libro sorprendente en aquellos momentos, titulado *The final exit*⁷ de Derek Humphry, el libro más famoso sobre la eutanasia voluntaria y la asistencia al suicidio en casos de enfermedades terminales con el fin de tener una muerte digna. Paso a paso se citan todos los detalles para que un adulto que tiene una enfermedad terminal sin esperanza ninguna pueda dar a su vida un final pacífico y no violento y conseguir morir en paz, en lugar de carcomido por el dolor. También se tratan en el libro aspectos jurídicos y otros cualesquiera en torno a la muerte, como por ejemplo la forma en que hay que dejar el escenario donde se ha producido el final para que sea lo menos traumático posible para quien encuentre al fallecido. Es un libro de una gran lucidez que nos pone frente a los problemas que subyacen a la muerte y a las trágicas circunstancias a que puede verse sometida. Pero lo que más me impresionó fue uno de los casos que en él se documentan de una mujer a la que se le había hecho un diagnóstico precoz de una enfermedad mental grave con un desarrollo muy rápido, que tomó la decisión de quitarse la vida antes de que se lo impidiera la pérdida de la clarividencia que le hacía falta para ello. De ningún modo quería llegar a ese estado en el que ya no estamos aunque seguimos adelante con nuestra vida vegetativa. Esa persona cargada de lucidez y coraje me dio la medida del horror y el sinsentido que supone una vida en esas circunstancias y aunque no nos veamos capaces de hacer lo mismo que ella, en el supues-

7. Edición en español, *El último recurso*, Tusquets Editores, 2005.

to de que algún día nos diagnostiquen la llegada de un trastorno que va a dejar nuestro cerebro inservible, seguimos contando en estas latitudes y en estos tiempos con el inmenso privilegio de poseer para nuestro conocimiento que tal vez el futuro nos arrebate, las más sofisticadas herramientas de control sobre nuestras capacidades y dones, y tenemos a nuestro alcance la posibilidad de paliar y hacer frente a una situación irreversible si así lo ha decidido el destino. Creo que sería un gravísimo error no utilizarlos, o dejarlos en manos ajenas, por tarde que se presenten y por más años que vayamos a vivir en esta Tierra.

Si desde jóvenes, aunque parezca masoquismo, nos vamos haciendo a la idea de que no somos inmortales y que del mismo modo que vemos morir a nuestros abuelos y a los cientos de miles de desgraciados que ven truncada su vida por las guerras, los atentados, las injusticias o las enfermedades, también nosotros moriremos, comenzaremos a preparar nuestra salida de este mundo. Y daremos por sentado que por más que hayamos querido evitarlo, siempre dejaremos algo por hacer, un proyecto por terminar, un secreto que desvelar, una carta por escribir, una confidencia o una confesión que transmitir, una limpieza o algún detalle perdido en el que no pensamos en su momento que habría evitado agujeros negros en nuestra vida profesional, litigios desagradables o peleas intestinas en una familia que por nada del mundo queríamos ver enfrentada.

Y es que la presencia de la muerte nos da la conciencia de que hay mucho de lo que poseemos que no interesará a nadie y en cualquier caso nada podremos llevarnos sea cual sea el lugar donde, si somos religiosos, creemos que vamos a ir. Así que, a los que hemos sido ordenados, la muerte se nos aparece como un buen pretexto para hacer una limpieza concienzuda de lo que vale la pena conservar y lo que no, y en cualquier caso será de

agradecer para los que quedan que son, se supone, los que más amamos. Nada es más terrible que, tras la muerte de un ser muy querido, tener que tirar miles de objetos cuyo único valor pertenece a su más profunda intimidad y cuya conservación apenas tiene sentido para nadie más.

Mi hermana Georgina, que es muy ordenada, nunca quiere tirar nada a la basura ni deshacerse de papeles o recuerdos. Pero lo tiene todo perfectamente etiquetado y organizado porque «así», dice, «cuando muera, mis hijos sabrán al menos lo que tiran».

A veces ocurre lo contrario y el desorden es el responsable de que con la muerte se pierdan documentos valiosos y únicos que habían puesto su grano de arena a la historia de una ciudad, de un pueblo, de una familia. En los últimos meses de su vida, mi abuelo, incapaz de dar nada que no fueran sus riquezas a los curas, que por otra parte tampoco habrían estado interesados en otra cosa, fue acumulando papeles, legajos, cartas en un cuarto oscuro del interior de su vivienda con la esperanza de que un día tuviera ánimos para ordenarlo. Las personas que lo cuidaban siguieron su ejemplo cuando él ya no podía valerse: en cuanto abrían un armario y encontraban papeles los echaban al cuarto oscuro hasta conseguir un montón que casi llegaba al techo. Cuando murió, los herederos de confianza y la multitud de órdenes religiosas que en absoluto estaban interesados en nada que no fuera los bienes que entre todos habían heredado, llamaron a un trapero del barrio para que se lo llevara todo. Así fue como desapareció cualquier testimonio de la vida de una persona que buena o mala, feliz o desgraciada, había conocido muchos de los secretos de la Barcelona de su tiempo.

La conciencia de la muerte es distinta en cada persona y va desde el profundo terror que provoca la amenaza de su llegada,

el miedo a sufrir para morir, miedo a perder la razón y convertirnos en un vegetal, miedo a cómo llegar y en definitiva miedo a lo desconocido, hasta la expresión de desconcierto y la profunda incompreensión de un fenómeno siempre presente en todos los órdenes de la creación que los artistas expresan en su creatividad valiéndose de los variados instrumentos de que disponen, la pintura, la literatura, la música... Y que todos los humanos, a nuestra manera, intentamos penetrar en el extraño misterio que encierra esta última manifestación de nuestra vida. De alguna forma sombría y oscura entendemos que la muerte da sentido a la vida aunque suponga su verdadero fin, el hito alcanzado donde todo acaba. Tan misteriosa como el nacimiento, la muerte, que en la vejez tiene nuestra vida prendida de un hilo, será hasta el fin nuestra inseparable compañera. Y si somos sensatos llegará el día en que su presencia no nos asustará porque aun siguiéndonos los pasos, dejaremos de torturarnos por ella y sólo la convocará el pensamiento cuando decidamos que así sea, porque la veremos como un fenómeno inevitable pero natural que forma parte de la vida, y como Rita Levi-Montalcini pensaremos «la muerte llegará un día pero no matará lo que hice, sólo acabará con mi cuerpo». Eso pensaremos aunque ahora nos parezca imposible, eso pensaremos si hemos tenido en constante movimiento nuestra capacidad mental, y no porque nos hayamos acostumbrado a tener la muerte tan cerca, ni por ahuyentar el terror y la amargura, sino por un ejercicio de creatividad que nos llevará a acercarnos al profundo significado de las cosas, durante el tiempo que tengamos que vivir.

Es precisamente desde la creatividad como manifestación de nuestra imaginación y de nuestros sentimientos y pensamientos, como afrontan la muerte los artistas, sea cual sea el registro desde el que se expliquen, y no sólo ellos sino todos los seres

humanos que utilizan el cerebro para convertirse en creadores. El desconcierto, la melancolía, la frustración, el desencanto, la amargura, no son ajenos a su visión de la vejez y de la muerte, de ahí procede su creatividad, y de ahí también puede proceder la nuestra. De hecho, son intentos imaginativos de entender lo incomprendible, como en el poema *No volveré a ser joven* de Jaime Gil de Biedma.

NO VOLVERÉ A SER JOVEN

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde:
como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
—envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.